

## Carmelo Lisón y Galicia

JOSE ANTONIO FERNANDEZ  
DE ROTA MONTER  
Universidad de La Coruña

Recuerdo haber leído en una revista antropológica de los años sesenta un artículo titulado «The northwest of Spain an unknown region». Ciertamente multitud de regiones culturales permanecen desconocidas hasta que el esfuerzo convivencial y la imaginación moral del antropólogo son capaces de iluminarlas y hacerlas traslúcidas para los estudiosos de nuestra disciplina. La iluminación de Galicia en el ámbito internacional de la Antropología, se inicia con los dos años de intenso trabajo de campo que Carmelo Lisón dedica a Galicia en su conjunto, recorriéndola municipio a municipio. Su rastreo antropológico se produce en un excelente momento. Carmelo Lisón es ya un veterano del trabajo de campo que ha publicado una importante monografía y domina los recursos de este arte de convivencia y experiencia vital-cognoscitiva. Tiene asimismo en su haber una excelente formación oxoniana en la que ha sabido beber fina teoría antropológica de los grandes maestros de la etapa de oro de la Antropología británica. Tiene también un complejísimo *background* intelectual proveniente de sus lecturas de filosofía, historia, poesía, semántica, crítica del arte, teoría literaria, etc. Por otra parte, Galicia que se abre por momentos hacia el mundo de la modernidad, conserva entre sus montañas y colinas aún un increíble tesoro vivo de viejas formas y normas, de saberes y «vivires» aprendidos generación a generación y rebalsados en remotos mundillos de convivencia aldeana.

El intérprete cultural antropológico y la cultura, pletórica de sus propias interpretaciones, se encontraban así frente a frente en un momento de madurez. Carmelo Lisón opta por una Antropología itinerante en que trata de recorrer toda Galicia, deteniéndose aquí y allá para hacer morada durante unas semanas y peinando en torno a su provisional asentamiento, el radio de acción de unos cuantos kilómetros.

Es una opción metodológica en que a costa de ciertas limitaciones, trata de potenciar con el máximo de riqueza etnográfica, determinadas vías de penetración. Indudablemente el conocimiento de cada territorio concreto o la contextualización del entramado social de cada diminuta área de convivencia, no van a poder ser atendidos con la minuciosa penetración característica del antropólogo sedentario. Sin embargo, Lisón trata de conseguir con personas concretas los niveles de intensa cercanía y convivencia que permitan el más profundo tono confidencial. Es evidente que la llama del secreto se encendió en sus diálogos con la gente en multitud de ocasiones y en forma intensa y prolongada. Ciertas áreas fueron revisitadas en varias ocasiones ya entonces por Lisón y algunas han sido objeto de sistemáticas visitas posteriores varias veces al año, durante un largo período de la vida del autor. Esta profundización extrema en lo individual y concreto, le permite contrastar en multitud de otros casos la garantía de que la conversación sea de ley.

Su nomadismo por tierras galaicas le posibilita por una parte realizar un juego comparativo de variantes sobre el mismo tema en la mayoría de los registros que aborda. Si este juego de variaciones y contrastes es en todos los capítulos que ha tocado significativo y revelador, es especialmente eficaz en aquellos temas donde los ejemplos detectables son especialmente escasos. Su barrido por los ámbitos gallegos le ha permitido conocer un número de sabias, meigas, arresponsadores, posesos, etc., notablemente superior al que nunca hubiera podido conseguir ahondando en una pequeña área. De esta forma la silueta empírica y la logicidad interna del tema investigado, ganará notablemente en posibilidades comprensivas.

A partir de este esfuerzo de trabajo de campo, las obras de Lisón sobre Galicia rezuman continua y obsesivamente de empiria. El autor se exige de ordinario la dura disciplina de citar literalmente cadenas de textos orales en torno a un mismo pensamiento. Cada uno de los textos tomados de transcripciones magnetofónicas impone una cita sobre el área geográfica concreta en que el texto se tomó. De esta forma el machacón citar de enunciados nativos permite al lector la posibilidad de poder agrupar constelaciones de enunciados diversos bajo el prisma de cada comarca concreta. A través de todo ello como el mismo autor recalca, la palabra hablada cobra un especial protagonismo en su obra. La palabra es en ella solvencia empírica y testigo del rigor argumental. El conjunto de plurales expresiones de los informantes permite asimismo la crítica de la validez interpretativa del autor. Siempre en insistente diálogo con ella, se eleva el armazón teórico interpretativo del conjunto de su obra.

Pero la palabra en la obra de Lisón nunca es monólogo, sino eminentemente diálogo. He comentado en más de una ocasión mi mane-

ra de descubrir en mi propio trabajo de campo las huellas del paso de Lisón. Su búsqueda etnográfica se ha convertido en algún momento a través del recuerdo de las gentes, en mi propia etnografía. En primer lugar, dentro del área de Monfero descubrí pronto el bar donde Carmelo y su esposa se hospedaron; los viejos patronos —hoy día fallecidos— me asociaron enseguida con él al ver mi magnetofón y mi forma de preguntar. Fue larga su evocación de aquel día, a la que siguieron otros momentos de tertulia en días sucesivos. El tema obviamente fue comentado después con el propio Carmelo Lisón, entonces mi director de tesis. Como en otros muchos casos reconstruí mi propia síntesis a partir de recuerdos de los «informantes». Xosé había recorrido muchos kilómetros con Carmelo presentándole a gente y ayudándole en sus pesquisas. Entre sus investigaciones había habido por supuesto intensas conversaciones con alguna sabia o meiga de la vecindad. Unos y otros recordaban los incidentes más destacados.

Semanas más tarde, tuve oportunidad de conocer algunas de estas notables sabias. No pasó mucho tiempo en nuestra conversación sin que asociasen también mi imagen con la del antropólogo anterior que había pasado por ahí unos doce años antes. Aquí vino —me dijeron— hace tiempo un periodista que también venía con un magnetofón y su mujer era inglesa. Me comentaron que aquel señor sí que sabía preguntar, preguntaba todo tipo de cosas y me pusieron incluso ejemplos concretos de preguntas que les habían llamado la atención.

Su diálogo parece constituir como es tradicional en la Antropología, un continuo proceso de aprender a preguntar. Es la dialéctica de la pregunta y la respuesta la que descubre una palabra cada vez más rica y precisa, cada vez más representativa de vivencias culturales compartidas. Las propias reflexiones del autor en la obra nos hablan en multitud de casos de su necesidad de abrir un «nuevo archivo» ante los datos que se acumulan sobre un impensado tema. Son las palabras nativas las que forzando preguntas y provocando respuestas, crean la resonancia de nuevas categorías antropológicas en torno a las cuales se deberá dialogar.

Atentos a este movimiento investigador, pasemos ahora nuestra mirada en breve panorama por el nutrido bosque temático gallego, abordado por Carmelo Lisón. En primer lugar, llama poderosamente la atención la numerosa galería de personajes que ha desarrollado a lo largo de su obra. Su escenario gallego cobra el sentido teatral y alegórico de un auto sacramental. Sus personajes concretos conocidos personalmente, comprendidos e interpretados, toman la palabra y actúan en sus páginas. Quedan después subsumidos en categorías que representan roles y traslucen la vitalidad de las instituciones. Son figuras cargadas de idea y moral, creencia y virtud, que trascienden idealmen-

te en su representación escénica el dato concreto. En este íntimo transmundo viven *a bruxa, a meiga, a cartixeira, a sabia, o cura, o sancristán, o arresponsador, a curandeira, a herbateira, o compostor, o corpo aberto, a evanxeliadora, o exorcista, o chufón, o espiritista, o demo, o endemoniado, as ánimas, espíritus...* Muchas de ellas no son figuras excluyentes, sino que se solapan en multitud de casos pero acaban marcando siluetas culturales en parte distintas. Figuras místico-religiosas que se completan con la presentación de *o patrucio, o cabo da casa, o millorado (herdeiro, meirazo, vinculeiro...)* o *xenro, a nora*, etc.

Este complejo conjunto de figuras populares, de agentes del vivir social encarnan pautas y son capaces de adquirir dinámica dentro de unas determinadas coordenadas cosmológicas. Son figuras que entran en poderoso contraste entre sí y suministran de esta forma sentido y tensionalidad a la comprensión del conjunto. Pocos contrastes tan evocadores como el representado por el binomio formado por la figura del clérigo y la de alguna mujer especialista en el campo de lo sagrado. La cercanía de planos entre bruja y cura es objeto de un prolijo y sutil análisis. La bruja «trata de identificarse con el cura revistiéndose de sus ornamentos sacerdotales, esto es, de sobrepelliz y más frecuentemente de estola...», multitud de ceremonias se realizan como si estuviesen en la iglesia, «imitan y sustituyen a curas en dar consejos y orientación, recomiendan a sus clientes que encarguen misas...». Por contra el cura ha sido por siglos el depositario de todo este arsenal espiritual «él custodiaba el ritual, lo entendía y lo interpretaba; en sus manos guardaba las bendiciones, el monopolio espiritual de la salud de personas y animales».

La caracterización de sus personajes brota simultáneamente a partir de su manera de actuar y a partir de la manera de expresarse y de interpretar de los propios nativos. Textos de acción y textos verbales, interpretaciones de unos y otros se van encadenando hasta constituir una figura lógica, hasta dotar de coherencia interna una forma peculiar de vivir.

Si la presentación de personajes nos ofrece un variado repertorio de penetración cultural, son los objetos en sí, la manera de ser manipulados y normativizados, otro de los registros que resultan más llamativos. Es en torno a ellos, quizá, donde Carmelo Lisón llega a elaborar las construcciones formales de mayor complejidad y rigor estructural. Recordemos entre los más destacados sus «Variaciones en fuego ritual», referidas a la noche de San Juan (*Antropología social en España*, pág. 311) o el minucioso y refinado análisis de los objetos empleados por brujas y meigas (ver *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia*, págs. 190-207). O de forma muy especial sus «Variaciones en agua ritual» (*Antropología social, reflexiones incidentales*, pág. 49). Traba-

jo éste en el que se detiene en medidos pasos en un formalizado análisis textual.

Frente a las personas y las cosas, surgen las instituciones. En ellas unas y otras encuentran el sentido de su dinamismo. Es precisamente la fuerza de la institución, la que provoca las primeras síntesis de su obra. Efectivamente, su esfuerzo empírico inicial le exige como compromiso teórico el diseño de un escenario donde situar el fluir vital de cosas y personas. Así surge el prolongado análisis de la temática referente a la casa y sus mecanismos hereditarios, que motiva su primera obra. Constituye este trabajo un primer juego pangalaico de variaciones en torno a un tema, sintetizadas en una tipología estructural de cuatro tipos formales: manda patrilineal, manda matrilineal, partixas y *a congra*. En ellas realiza un minucioso análisis relacional en que, atendiendo al contexto, perfila unas propiedades formales. Su estudio estructural de casa y herencia incluye la contemplación del papel de lo masculino y femenino así como la de las tensiones generacionales. Por debajo de la fuerza argumental estructurante resplandece el recurso insistente a lo concreto vital, de ahí su esfuerzo «en acercarse a la realidad, en rellenar de contenido las relaciones, en ver cómo operan en la esfera del comportamiento». Para ello, casos y ejemplos cobran un decisivo papel en numerosas páginas, la descripción se asienta en apretadas series de textos orales. Lo concreto personal juega con el ámbito colectivo del ritual y los refranes, que actúan como comentario simbólico en que la propia tradición cultural interpreta y explica su propia realidad. Sobre el fondo del entramado lógico, semántica e interpretación existencial juegan ya la baza más fuerte.

Si el análisis de la casa presenta una brillante síntesis en juego complejo de variantes, la institución parroquial es analizada en su espíritu básico en secuencia de entrañables datos, donde lógica y emoción cultural parecen fundirse. Su refinado estudio de límites, solidaridades, símbolos, ritos, le colocan de lleno en sus temas predilectos, es el mundo de la religiosidad y el entramado de normas y cosmología rurales implicadas en él, el que constituirá la base temática de sus ulteriores monografías.

En contraste con la atención al transfondo institucional, el repertorio de perspectivas de análisis de Lisón primará el arte de desenmarañar las estrategias. De esta forma, su análisis cultural queda lejos de las doradas armonías funcionalistas, es la conflictividad social y la narración de secuencias estratégicas la que impera en su mapa eminentemente dinámico. Efectivamente el análisis institucional de la casa es un estudio minucioso del juego de tensiones continuo que en cada circunstancia se producen entre la madre y la nuera, entre el matri-

monio viejo y el joven, entre el mejorado y sus hermanos..., juego de luchas internas que se complementa con la rivalidad vecinal. Límites espaciales, casas ricas y pobres, estrategias matrimoniales en busca de *comenencia*, dote, intermediarios... Estrategia, conflicto, dinámica que hacen sentido gracias a la comprensión de un *ethos* colectivo. Una moralidad insistentemente predicada, inculturada, que no es suficiente para contener el mal. Es necesario al menos interpretarlo, elevarlo a categorías creenciales y simbólicas que nos hablan de una conflictividad institucionalizada como «envidia» y «mal ojo». Institucionalización de la obsesionante maldad moral que cobra nuevas dimensiones metafísicas en su exhaustivo estudio de la brujería.

Su persecución de la lógica cultural interna, inseparable de todo intento profundamente antropológico, tiene un marcado cariz atemporal, sus análisis primordiales buscan el dinamismo en la tensionalidad lógica de la esencia husserliana. Sin embargo, Lisón se siente continuamente fascinado por la historia.

Es el drama eterno de las ciencias del espíritu, el drama de imposible solución por los condicionantes de nuestra mente, pero a cuya inquisición el espíritu inquieto no quiere renunciar. Carmelo Lisón, viaja una y otra vez desde el presente al pasado, tratando de iluminar con su trabajo de campo actual la oscuridad inherente a los parciales datos pretéritos.

Ya en su estudio de la casa, dedicará un capítulo a la reflexión desde los datos actuales sobre documentos que hablan de la casa en el siglo XIV. Su estudio de las brujas tiene también una presentación histórica a partir de las obras de la Inquisición gallega. Pero será sobre todo su reciente publicación sobre «La España mental» la que nos suministra unas dimensiones hitóricas de muy especial relevancia e interés. Lisón realiza un sugeridor contraste entre los tomos en que divide la obra: *Demonios y exorcismos en los Siglos de Oro y endemoniados en Galicia hoy*. En las prácticas recogidas en su trabajo de campo, observadas muchas veces por el propio autor, hay un sinfín de elementos coincidentes con hechos de los que nos hablan los documentos históricos del Siglo de Oro. Toda una rica concepción sobre el mal y todo un repertorio de textos y acciones rituales vincula a los teólogos y aristócratas de la Corte de los Austrias con las actuales mujeres especialistas del agro gallego. Coincidencia formal en contextos distintos, que en este caso habla también de una evidente historia efectual, nos abren a una más profunda comprensión del tema. Como recalcará el autor, «El exorcismo gallego..., aunque rico en variaciones menores, tanto en su esencia como en su estructura y naturaleza dialogal, esconde un *rationale* europeo-occidental y pertenece a un *genre* u organización textual milenarios.

El esfuerzo investigador se ha elevado desde la concreción de precisos rincones gallegos hasta el substrato cultural europeo, para desembocar con aires de universalidad en profundos dilemas existenciales. El descubrimiento de lo universal se hace sin duda aquí a través de lo concreto. Es una manera específica de vivir lo universal, es la semejanza profunda con otras maneras únicas de plantearse lo mismo. Todo el empeño investigador de Lisón desemboca con ímpetu en esta manera de poetizar la cotidianeidad, en esta forma de hacer filosofía dentro de lo empírico diario. Atendamos como botón de muestra a algunos de estos desarrollos finales.

Uno de los problemas más inquietantes en los que incide repetidamente Lisón es el problema de la identidad. Niveles de identidad, desde lo más individual a lo más colectivo. Si el estudio de la casa y de la bruja gallegas han presentado permanentemente esta inquietud, es sobre todo en el estudio de la posesión donde este tema adquiere —en análisis del dato empírico y en la rica sugerencia de la cultura nativa— unas posibilidades de comprensión de la más alta calidad. Así por ejemplo, en *La España mental II* nos resume «la complicada contradanza de pronombres personales en los textos orales nativos referidos al endemoniamiento: El *yo* de enunciación pragmática» del exorcista, un «*yo* que vive fuera del *verbum*» desdoblable en un «*yo* psíquico», «un *yo* personaje» y «un *yo* capaz de dominar a un agente preternatural». Establecido el diálogo con un *tú* objeto las preguntas se dirigen a «un *yo* genérico..., y de estructura poliédrica». El poseso cede su voz y palabra a diferentes *yoes*, aunque mantiene un mínimo sentido de identidad personal diferenciada. El intrincado análisis distinguirá «el *mi*», la «objetivación del *yo*, conformado por las actitudes de los otros respecto a mí según *yo* lo percibo». Es el diálogo exorcístico un campo privilegiado de riqueza identificadora para el antropólogo hecho a escuchar y comprender. Nos suministra una experimentación continua de las maneras de expresar una «visión estereoscópica de los *yos*..., pero también y a la vez de su erosión, escisión, permutaciones y modificaciones».

Otro de los problemas últimos que preocupan al gallego y a Lisón es el problema del mal. Lo hemos visto surgir como maldad insistentemente evocada en las relaciones vecinales y va a estar presente en multitud de páginas, como enfermedad, dolor, temor, muerte. Es su obra sobre la brujería todo un recital temático desde la perspectiva gallega en torno al mal, sus causas, sus remediadores y sus remedios: «La presencia del mal con todos sus disfraces y espectáculos.» Diferentes figuras culturales, sobre todo femeninas, son presentadas como hermeneutas del mal, «es la mujer la que estadística, vital y ritualmente domina y preside este complejo cosmos de creencias».

Pero todos estos temas cobran una vía central de comprensión en el estudio de la creencia. Creencia que admite grados (sospecha, conjetura, opinión, convicción, seguridad...). Creencia que se conecta no pocas veces con la vivencia del temor, la angustia, el miedo. Que implica en muchos casos «una experiencia personal, inmediata y directa de algo», ya que en definitiva la percepción presupone la creencia. Será la palabra con todo, clave de la creencia, «la palabra crea al mundo». La «corporeidad física o modo de existencia de la creencia es el sonido de la voz del narrador que verbalmente la describe». De ahí la especial preocupación logocéntrica del método empleado en esta obra por Lisón. Palabras que crean un universo de significado. «A través de la recitación sonora se crea y evoca todo un universo de pensamiento, discursivo, con leyes, espacios y tiempos propios, una construcción mental arquitectónica, de..., solidez, realidad y autonomía.»

Son las palabras, referencia última de las más profundas reflexiones, las que han constituido también el punto de partida en el proceso investigador. Se atendió ante todo a detectar palabras clave culturales. Esto permitió la formulación de unas categorías nativas, como registros del diario de campo. A partir de ellos personas y cosas empiezan a representar roles sociales, luchan por encarnar normas morales, se enriquecen con símbolos, brillan como unidades de sentido. Instituciones sociales, tensiones conflictivas y estrategias tejen un entramado-marco, que dota de imprescindibles posibilidades nuestra comprensión. En todo momento la sociedad, la dinámica social, actúa como protagonista, está siempre presente, aunque como dirá el autor «lo que en definitiva perseguimos en nuestra investigación, es la dimensión simbólica de lo social, esto es, lo cultural». Así desde el primer momento su estudio de las fundamentales instituciones sociales —casa, aldea, parroquia— es titulado «Antropología cultural de Galicia».

El autor educado en Oxford con los protagonistas de la profunda transformación de la escuela británica, en torno al año sesenta, está muy lejos de las preocupaciones clásicas del funcional-estructuralismo. Le preocupa el conflicto más que la integración, la palabra más que la necesidad, el significado más que la función, se considera más poeta y filósofo que científico y está convencido de que la Antropología es Historia. Una Historia nueva, sin duda, una Historia poco dada a creer en concatenaciones causales o permanencias rígidas. Una Historia hecha por poetas del vivir de cada día, preocupados sobre todo por las perplejidades esenciales del hombre, que siguiendo la vieja reflexión aristotélica atienden más a lo que pasa que a lo que ha pasado. Es así como se piensa que la iluminación histórica viaja más frecuentemente desde el presente hacia el pasado que en dirección opuesta.

Todo esto conduce, como hemos dicho, a través del análisis, a una profunda reflexión encarnada en datos empíricos. Para quien no esté hecho a la práctica del prolongado trabajo de campo, propio de la disciplina antropológica, no será fácil comprender la notable dificultad que entraña la construcción con datos de una lógica argumental. Es ésta la única aportación exclusiva de nuestra disciplina. Y es el máximo reto de un antropólogo el ser capaz de ensamblar en armónica danza la ordenación de datos y la coherencia explicativa, de forma que ellos sean capaces de hablar por sí mismos. Es ésta la excelsa cualidad de nuestra descripción densa, de nuestra penetración cultural a través de un método cualitativo.

La obra de Carmelo Lisón sobre Galicia resulta especialmente sorprendente para quienes hemos realizado trabajo de campo en esta tierra. Somos testigos de excepción de la inmensa riqueza de los datos recogidos. Su profunda comprensión de la ruralía gallega ha sido y continúa siendo para nosotros una fuente inapreciable de orientación. Y por si fuera poco, ha sido capaz en repetidas ocasiones de brindarnos secuencias argumentales de base empírica, de extraordinaria brillantez. Todo esto entra en diálogo continuo con una notable densidad intelectual. La profundidad de sus inquietudes, su esfuerzo por superar simplismos reduccionistas, consciente de nuestra insuficiencia ante la enorme complejidad de la realidad, tienen su armónica correspondencia en su cuidado estilo literario. Es su conceptualismo expresivo parte esencial de un método, donde la palabra clave nativa es interpretada desde hitos sugeridos por la rancia terminología de nuestro acervo intelectual. Son sus encadenamientos sintagmáticos y el hipérbaton de su frase, exigencia de un pensamiento insatisfecho para el que ninguna claridad racionalista es suficiente. Es el ir y venir de su texto que se cierra sobre sí mismo, tratando de forzar la expresión más allá de las posibilidades de la lengua, el fiel reflejo de una investigación en el campo humano, donde el cúmulo de conocimientos de la experiencia nativa ayuda a entender, tan sólo, a través de la implicación cultural más intensa. Es así como logra el antropólogo de vocación y de genio descubrir la moral omnipresente en el evento humano, traspasar el dato en el progresivo desvelamiento del sentido, expresar y dar nueva luz al vivir galaico en esforzada hermenéutica antropológica.